

un ataque de las fuerzas marroquíes». En el texto responde Suárez: «Es posible que ante un ataque por sorpresa sea difícil la defensa inmediata de Ceuta y Melilla; pero...sepa Su Majestad que en esa hipótesis nuestros ejércitos procederían inmediatamente y en cuestión de escasísimos minutos al bombardeo de Rabat y Casablanca».

Confieso que algo que notaba como carente de apoyo histórico serio, se me confirmó. Así que este volumen es semejante a unos «episodios nacionales» de segundo orden, sin documentación económica cuando eso fue esencial, y con historias inverosímiles.

Juan VELARDE FUERTES

#### UN NUEVO ORIENTE MEDIO: DEL TRATADO SYKES-PICOT AL «INVIERNO ISLAMISTA»

El Oriente Medio que conocíamos ha saltado por los aires. El orden regional pergeñado por Francia, Gran Bretaña (y la Rusia zarista) en el Acuerdo Sykes-Picot<sup>1</sup> de 1916, de carácter secreto y en virtud del cual las citadas potencias se repartían los territorios de las provincias otomanas situadas allende la península arábiga, simplemente ha dejado de existir. Si bien Turquía afronta graves problemas internos (entre los que cabe citar el hecho de que el crecimiento vegetativo de la población kurda es muy superior al de la población turca, todavía mayoritaria; de mantenerse la tendencia, en 2025 los kurdos representarán el 50% de la población de ese país) y Estados Unidos se desentiende cada vez con menos disimulo de los problemas de la región, al mismo tiempo que Rusia persigue recuperar en ésta la influencia perdida desde la expulsión de los asesores soviéticos de Egipto en 1972, han sido la Guerra de Irak (en rigor, la tercera guerra del Golfo Pérsico) y la guerra civil siria los acontecimientos que han precipitado la quiebra del orden post-otomano en el Medio Oriente. Dichos conflictos han supuesto la desarticulación de Irak y de Siria, dos Estados-nación étnicamente complejos cuya génesis es el citado acuerdo franco-británico para el reparto de los territorios que se encontraban bajo dominio turco hasta la Primera Guerra Mundial. Y ha sido el *yihadismo*-

<sup>1</sup> FROMKIN, David: *A Peace to End All Peace*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1989

*salafismo*, alimentado por la catastrófica invasión y ocupación de Irak primero, y por la guerra civil siria después, el gran beneficiado de la virtual disolución de ambos Estados árabes.

En efecto, el autoproclamado como Estado Islámico (previamente conocido como *Al-Qaeda* en Irak primero, y como Estado Islámico de Irak y Levante después), una organización *yihadista* suní integrada por más de 10.000 fanáticos combatientes que, además de dominar amplias zonas del este y norte de Siria, ha conquistado buena parte de la provincia iraquí de Al-Anbar, además de tomar, el pasado mes de junio, las ciudades septentrionales de Mosul (la segunda ciudad de Irak por número de habitantes, sita muy cerca de la mayor refinería de petróleo del país) y Tikrit, localidad natal de Saddam Hussein. En su avance por el oeste y el norte de Irak, el Estado Islámico, que no reconoce la autoridad del sucesor de Osama Bin Laden al frente de la organización *Al-Qaeda*, Aymán Al-Zawahiri, ha contado con el apoyo tanto de algunas tribus suníes como de elementos baasistas, resueltos éstos últimos a volver al poder en Bagdad. El Ejército iraquí, armado y adiestrado por los Estados Unidos, demostró una deplorable capacidad combativa y sufrió deserciones en masa, abandonando en manos de los *yihadistas* gran cantidad de armamento y material bélico. A finales de junio, el Estado Islámico asumió su actual denominación y procedió a proclamar el califato, regido por la sharia (ley islámica), en los territorios bajo su control, que se extienden a ambos lados de la frontera internacional entre Siria e Irak. Con motivo de la proclamación del califato, la organización *yihadista-salafista* publicó en la red un vídeo propagandístico realizado en lengua inglesa en el que, además de proclamar que derribaría muchas más fronteras, se jactaba de haber disuelto el orden «artificial» instituido en virtud del Acuerdo Sykes-Picot. A pesar del radicalismo de su discurso, rabiosamente anti-occidental y anti-chií, y de la brutalidad de sus métodos, que incluyen ejecuciones masivas de prisioneros, crucifixiones y sometimiento de la población cristiana, el Estado Islámico confiere a la población suní un cierto sentido de ciudadanía e incluso de estatalidad en zonas donde dichos principios brillan por su ausencia<sup>2</sup>. Así, el Estado Islámico concibe a los musulmanes suníes como una comunidad religiosa y política perfectamente definida, exhortando a los fieles a implicarse activamente en el establecimiento de un Estado regido por la sharia. Además, les ha hecho partícipes de una

<sup>2</sup> CAMBANIS, Thanassis: «*The surprising appeal of ISIS*», *The Boston Globe*, 29-6-2014. Accesible en <http://www.bostonglobe.com/ideas/2014/06/28/the-surprising-appeal-isis/19YwC0GVPQ3i4eBXt1o0hI/story.html>.

lucha a muerte contra el islam chií, juzgado como herético, y mayoritario, no conviene olvidarlo, en el territorio comprendido entre el Líbano e Irán. Una contienda que, no obstante, se libra en el conjunto del mundo islámico y que ha adquirido el carácter de un verdadero «gran juego» entre las dos principales confesiones del islam.

En cualquier caso, el epicentro del conflicto entre suníes y chiíes se encuentra en Irak, donde los primeros, pese a hallarse en minoría, gozaron de hegemonía política en los más de ochenta años transcurridos desde la creación del mandato administrado por el Reino Unido en 1921 hasta la invasión anglo-estadounidense de 2003. Derrocado Saddam Hussein, disuelto el partido Baaz e introducido el sufragio proporcional inorgánico, los chiíes de Irak asumieron la gobernación del país cuando mayor era la actividad de la insurgencia dirigida contra las fuerzas de ocupación, un fenómeno mayoritariamente suní, pero también protagonizado por milicias chiíes apoyadas logísticamente por Irán. El conflicto devino en una guerra civil abierta en 2006, y solamente mediante el incremento en número de tropas estadounidenses ordenado por el presidente George W. Bush en 2007 y la colaboración de las tribus suníes de la vasta provincia occidental de Al-Anbar, hartas de la violencia sectaria de la sazón denominada *Al-Qaeda* en Irak y sensibles a los sobornos americanos, pudo consolidarse el Gobierno chií de Bagdad y reducirse notablemente los niveles de violencia. Es verdad que el chií Nuri al-Maliki, primer ministro desde 2006, ha adoptado en los últimos años unas políticas de naturaleza profundamente sectaria y centralista que le han enajenado el apoyo de la comunidad suní. Mas en absoluto cabe considerarlo el principal culpable del arrollador avance del Estado Islámico, como han hecho explícitamente varias figuras eminentes de la clase política estadounidense, como la ex secretaria de Estado Hillary Clinton, e implícitamente el presidente Barack Obama. Si hay que buscar responsables de la inminente desintegración de Irak, éstos no pueden ser otros que el citado George W. Bush, que desencadenó contra el país árabe una *yihad* democrática revestida con pretextos falsos (las supuestas armas de destrucción masiva), y el actual inquilino de la Casa Blanca. Éste, ansioso por poner fin de forma unilateral a la que él mismo denominó como *war of choice* e incapaz de arrancar un acuerdo a Al-Maliki que garantizase la inmunidad de las tropas americanas, acató el calendario para la retirada de «todas» las fuerzas estadounidenses desplegadas en Irak pactado en 2008 por su predecesor con el Gobierno de Bagdad. En definitiva, con un jefe de Gobierno de confesión chií radical y sectario, una comunidad suní soliviantada, un Ejército

numeroso pero ineficaz y la ausencia de apoyo militar de Washington a Bagdad, el éxito de la ofensiva lanzada por Estado Islámico en el oeste y el norte del país podía darse por descontado.

No se puede descartar que las humillantes imágenes registradas en Saigón en 1975, que mostraban a los últimos funcionarios de la embajada estadounidense en Vietnam del Sur siendo evacuados en helicóptero desde una azotea, se repitan, *mutatis mutandis*, próximamente en Bagdad coincidiendo con una hipotética toma de la capital iraquí por los *yihadistas-salafistas*. Semejante acontecimiento, además de suponer una catástrofe por la población chií y cristiana (ésta última dramáticamente reducida desde 2003), aceleraría la independencia del Kurdistán iraquí y supondría el justo castigo a una década de flagrantes errores cometidos por Washington en Oriente Medio en general, y en Irak en particular.

#### *El «invierno islamista» asola Siria*

El *yihadismo-salafismo* difícilmente se hubiera regenerado o conseguido doblegar al Ejército iraquí de no haber estallado, hace ya tres años y medio, un conflicto armado en la vecina Siria. Un enfrentamiento civil que inicialmente revistió el carácter de protesta ciudadana dirigida contra el régimen laico, nacionalista árabe, mayoritariamente alauita (secta del Islam chií) y nominalmente socialista encabezado por el presidente Bashar al-Assad. En aquel momento, marzo de 2011, habiéndose producido la deposición de Ben Alí en Túnez y de Hosni Mubarak en Egipto y acontecidas las primeras manifestaciones contrarias al coronel Muamar el Gadafi en Libia, se saludaba en Occidente lo que parecía una auténtica «Primavera Árabe» destinada a democratizar las dictaduras que integran el mundo árabe-musulmán. Los partidos en que se apoyaban Ben Alí y Mubarak, que eran miembros de la Internacional Socialista en igualdad de condiciones que otros partidos europeos como los socialistas franceses, españoles y alemanes, fueron expulsados de ésta.

Mas de entre los Estados árabes que registraron una ruptura, bien pacífica, bien violenta, con el orden autoritario, laico y nacionalista, únicamente Túnez ha conseguido adoptar el modelo demoliberal sin ulteriores traumas ni quebranto a su unidad territorial. Egipto ha derrocado a dos presidentes, promulgado otras tantas Constituciones e ilegalizado a la principal fuerza islamista del país, la Hermandad Musulmana, en medio de un creciente descontento social, una apremiante crisis económica y un perentorio problema de seguri-

dad en la península del Sinaí. En cuanto a Libia, sufrió una guerra civil que concluyó con la victoria de las fuerzas antigubernamentales, decididamente apoyadas por la OTAN, y con la ignominiosa ejecución sumaria de Gadafi. No obstante, el Estado libio (una creación de la potencia colonial italiana al unir Tripolitana, Fezzan y Cirenaica en una sola colonia que las Naciones Unidas convalidaron después de la Segunda Guerra Mundial) ha desaparecido para convertirse en un nido de milicias sin desarmar y en un centro de exportación de armamento y mercenarios hacia el Sahel y Oriente Medio. En definitiva, la pretendida «Primavera Árabe», al menoscabar la autoridad del Estado en varios países árabes y exacerbar las animosidades étnicas y regionales, ha coadyuvado al reforzamiento del *yihadismo-salafismo* desde Mauritania a Afganistán.

Pero es en la citada Siria donde resulta evidente el advenimiento de lo que no es inexacto definir como «invierno islamista». El régimen de al-Assad, apoyado por Irán, por la organización islamista chií Hezbolá y por Rusia, ha conseguido revertir la crítica situación militar en la que se hallaba en 2012, consolidando su dominio sobre Damasco, las principales vías de comunicación y la franja costera, área ésta última donde se concentra la población alauita. En cuanto al bando antigubernamental, es posible dividirlo a *grosso modo* en fuerzas no islamistas, unidas precariamente en torno a la Coalición Nacional Siria (agrupación que goza del reconocimiento de Occidente y de la Liga Árabe) y fuerzas islamistas suníes. Entre estas últimas destacan por su combatividad y brutalidad la franquicia oficial de Al-Qaeda en Siria, el Frente *al-Nusra*, y muy especialmente el citado Estado Islámico, que cuenta entre sus filas con varios centenares de combatientes de origen europeo y estadounidense, susceptibles de emplear la experiencia militar adquirida para la comisión de atentados en sus países de origen, como temen los servicios de información occidentales, incluido el español. Tanto el principal grupo armado laico que combate a al-Assad, el sedicente Ejército Libre de Siria, como las fuerzas *yihadistas-salafistas* se están beneficiando de la ayuda material y logística prestada por Arabia Saudí, Qatar y Turquía, tres países mayoritariamente suníes (y wahabistas los dos primeros), pero también de Estados Unidos y Europa. Los rebeldes han obtenido a través de territorio turco armamento antitanque y misiles tierra-aire que han causado estragos en los blindados y en la aviación del régimen. Sin embargo, la utilización de estas armas no basta para expulsar de las ciudades a las fuerzas partidarias de al-Assad.

El conflicto se halla en una situación de equilibrio sangriento que única-

mente podría romperse a favor del bando rebelde mediante una intervención militar occidental, una operación que estuvo muy cerca de producirse en septiembre de 2013, como respuesta al ataque químico perpetrado en un suburbio de Damasco supuestamente por fuerzas progubernamentales. Sin embargo, las razonadas reservas formuladas por un Pentágono escarmentado tras el fiasco de Irak, el voto contrario a la intervención en la Cámara de los Comunes del Reino Unido y la presentación del plan ruso para someter el arsenal de armas químicas sirio a supervisión internacional impidieron que Washington incurriese un error comparable al cometido en 2003 por la Administración Bush. Efectivamente, una campaña de ataques aéreos dirigida contra la infraestructura militar del régimen de Damasco, combinada con el establecimiento de una zona de exclusión aérea, habría desnivelado decisivamente la balanza a favor de las fuerzas opositoras, aunque a cambio de facilitar la conquista de Siria por *yihadistas-salafistas* visceralmente antioccidentales. A falta de intervención de Washington y de sus aliados europeos contra Bashar al-Assad, las conquistas del Estado Islámico en territorio sirio se circunscriben al norte y al este del país, donde han liquidado, expulsado o sometido a la población cristiana, cuya fe llegó a tierras de Siria en el siglo I. Un genocidio en toda regla perpetrado ante el silencio cómplice de las cancillerías occidentales, de los principales medios de comunicación y de ciertas instancias eclesíásticas, cruelmente indiferentes ante la erradicación del cristianismo en la región de la que brotó.

El punto muerto en el que se halla la guerra civil siria ha tenido como consecuencia, al igual que en Irak, la ruptura efectiva del país, facilitada por la creciente homogeneidad étnica a causa de los más de cuatro millones de desplazamientos internos y de la salida hasta la fecha de dos millones de sirios hacia los Estados limítrofes.

Aunque ninguna de las partes implicadas en el conflicto considera que la partición formal de Siria sea la solución ideal, no es menos cierto que ni una sola, salvo Turquía (reacia a la autonomía kurda) la rechaza terminantemente. Un enclave costero dominado por los alauitas, «Alauistán», sería un aliado fiel de Irán y de Rusia (que conservaría su base naval en el puerto de Tartus, la única de que dispone en el Mediterráneo), mientras que una hipotética zona kurda dotada de amplia autonomía establecería muy probablemente lazos estrechos con el también autónomo (y próximamente quizá independiente), Kurdistán iraquí. Los Estados del Golfo Pérsico gozarían de un notable ascendiente sobre el centro suní, mientras que un enclave druso en el sur podría mantener relaciones cordiales con el reino hachemita de Jordania e incluso con Israel.

Es innegable que en caso de fragmentación de Siria, Israel perdería definitivamente el cinturón de seguridad de que había gozado hasta 2011 y que se fundamentaba en una paz «fría» con Egipto, una paz más cálida con Jordania y una relación estable, basada en la disuasión, con Damasco. La hipotética comisión de atentados contra intereses israelíes perpetrados por grupos islamistas con base bien en el enclave alauita, bien en el magma suní de lo que fue el centro de Siria, obligaría a Tel Aviv a adoptar una estrategia defensiva basada en operaciones de castigo transfronterizas contra objetivos terroristas, similar a la seguida durante los años cincuenta y sesenta<sup>3</sup>. Sin embargo, el hundimiento del Estado sirio, unido a la inestabilidad en Egipto y en Líbano, podría reportar ventajas a Israel. Conviene recordar que durante mucho tiempo la estrategia regional de Israel se basó en el establecimiento de alianzas con minorías no árabes (kurdos) y no musulmanas (maronitas del Líbano), así como en el entendimiento con los Estados árabes conservadores amenazados por el radicalismo árabe (panarabismo socialista primero, islamismo después): Jordania, Marruecos y, más recientemente, las monarquías del Golfo.

El nuevo mapa de Oriente Medio puede permitir renovar dichas alianzas y forjar otras nuevas (con los kurdos de Siria, con las fuerzas no islamistas en Egipto y con los cristianos de Líbano, Siria, Irak, Kuwait y Emiratos Árabes Unidos. La cuestión siria puede asimismo propiciar un acercamiento estratégico entre Israel y Turquía y coadyuvar al fortalecimiento de la cooperación en materia de seguridad entre israelíes y jordanos. Tampoco se puede descartar un acercamiento entre Israel y Arabia Saudí, unidos no solamente por la inestabilidad en Siria, sino también por el temor ante el programa nuclear de Irán y la pérdida de confianza en la capacidad de Washington para hacer frente a la República Islámica persa.

Unos recelos suscitados tanto por el acuerdo provisional suscrito por Estados Unidos y los demás miembros del Grupo 5+1 (Alemania, Francia, Reino Unido, Rusia y China) con Teherán acerca del programa nuclear iraní, que israelíes y saudíes juzgan como una cesión intolerable a los ayatolás, como por la errática y confusa política adoptada por Washington en Oriente Medio. El Plan de Acción Conjunto acordado con la República Islámica, así como la coincidencia de Washington y Teherán en la importancia de contener el avance del Estado Islámico en Irak, han convertido a Estados Unidos, a ojos de los

<sup>3</sup> BAR, Shmuel: «*Syria-What next?*», *Israel Journal of Foreign Affairs*, VI:3 (2012). Accesible en <http://israelcfr.com/documents/6-3/6-3-2-ShmuelBar.pdf>.

suníes, en compañero de viaje del chiismo en la pugna por la hegemonía regional que mantienen ambas confesiones islámicas. En cualquier caso, resulta harto dudoso que la Administración Obama abrigue la voluntad expresa de congraciarse con el islam chií para hacer frente al *yihadismo-salafismo* suní. Su aproximación a los múltiples problemas de región se caracteriza por la adopción improvisada de decisiones y por volubilidad de criterio.

Con frecuencia se justifica la inhibición estadounidense recurriendo a la manida basculación (*pivot*) de Washington hacia Asia y el Pacífico, y a la consecución de la autosuficiencia energética merced al método de fracturación hidráulica (*fracking*), pero lo cierto es que el país de las barras y estrellas ha renunciado a ejercer el liderazgo de antaño y se está retirando de todas partes. En apenas una década, Washington ha sustituido la «Doctrina de la Guerra Preventiva» de George W. Bush, informada por un espíritu girondino y trotskista deletéreo tanto para las poblaciones de los países atacados como para los intereses estadounidenses, por la «Doctrina Obama», una mezcla de realismo y pragmatismo igualmente lesiva para Estados Unidos y Occidente en su conjunto. Porque el vacío generado en Oriente Medio por la renuncia implícita de Obama a las doctrinas formuladas por los presidentes Dwight Eisenhower y James Carter, y la consiguiente inhibición de los grandes asuntos regionales no tardará en ser llenado. Si bien la naturaleza no aborrece el vacío, en contra de lo sostenido por Aristóteles, las relaciones de poder entre Estados o entre actores no estatales con aspiraciones de estatalidad sí propenden al *horror vacui*. Y dicha tendencia coadyuvará a configurar un Oriente Medio muy distinto al que surgió de la Gran Guerra.

Pablo GUERRERO

## LAS GARRAS DEL ANTICRISTO

Una de las consecuencias del Concilio Vaticano II fue la condena por la Iglesia de la confesionalidad del Estado. No sabría decir si esa condena fue tácita o explícita; lo que sí me consta es que la Iglesia daría en sentirse tan culpable de dicha confesionalidad que en más de una ocasión daría a entender que el emperador Constantino con su conversión le había hecho más daño que Nerón y Diocleciano con sus persecuciones. En épocas menos remotas